

Cine

una señorita demasiado complicada

por Enrique Figueroa H.

Basada en la novela de Alberto Moravia (La marcia indietro), *Una señorita demasiado complicada** es, primordialmente, una película de imágenes intelectuales, de naturaleza subjetiva y, por desgracia, en su primera parte, llena de frases "profundas" que no tardan en convertirse en tedioso lenguaje con pretensiones filosóficas.

En efecto, no podemos menos que deplorar ese comienzo del film, con el personaje central masculino, Alberto (Jean Sorel), barbotando anacrónicas teorías sobre la vida y la muerte. No nos incomodaría en lo más mínimo lo anterior si toda la película se desarrollara en ese tono, es decir si la trama no tuviera mayor significación y no alcanzáramos los destellos, las escenas que, del citado ritmo soporífero, nos elevan de pronto a un nivel de expresión en el cual las imágenes adquieren una significación contundente. Es entonces cuando lamentamos el principio de la cinta (que se prolonga casi hasta la mitad), lleno de un gastado lenguaje, además de un caos de escenas que muestran diversos planos de la narración, para el cual no encontramos dentro de la más extremada paciencia una justificación o referencia concreta al tema.

En consecuencia se puede hablar de falta de estilo en el director Damiani o, en el mejor de los casos, de inmadurez o falta de recursos para crearse su propia narración fílmica. Porque definitivamente sus secuencias más logradas, más brillantes, son las "literarias"; aquellas en las cuales la presencia de la novela de Moravia resulta demasiado evidente. Pero en justicia debemos reconocer el mayor y acaso único mérito de Damiani en *Una señorita demasiado complicada*: la dirección de actores.

Una vez que hemos salvado la fallida parte inicial, que con dificultad nos introduce en la anécdota, tanto Alberto como Claudia (Catherine Spaak) se delinearán con caracteres definidos, consistentes, que incluso llegan a seducirnos para conocer su problemática relación, sin que esta seducción nos confunda y más bien nos fascine. Su inmoralidad, sus hueros intentos por acercarse al amor, por encontrar en sus contactos físicos la belleza estética que los comunique tras el furor sexual, resultan inútiles: en última instancia, los realizan ahogados por sus fantasmas psíquicos. Su tacito acuerdo para destruir juntos las con-

venciones y establecer un estado de comunión, queda frustrado por sus respectivas obsesiones: el lesbianismo, en ella, y la idea de la muerte en él.

El amor, la belleza y aun la inmoralidad requieren de un cierto grado de pureza, misma que en función de los personajes es unilateral y en consecuencia incomunicable. Su relación adquiere tonos de asfixiante irrealidad. Mutuamente se descarnan, renuncian al amor y la belleza y buscan en la faceta inmoral de sus personas el último resquicio comunicante: haciéndose pasar por buscadores de un nuevo talento para la televisión, obligan a una jovencita a desnudarse en las ruinas de una construcción abandonada cerca de la carretera. La muchacha canta y baila ridículamente mientras ellos detrozan con juicios cortantes su ingenuidad física y su débil integridad moral. Le hacen preguntas morbosas sobre la intimidad con su novio, sin darse cuenta de que lo que buscan es la respuesta de su propia y enfrentada corrupción y no la del mundo.

Y sin embargo su realidad definitiva viene directamente de su activa participación en las circunstancias más inmediatas. A través de su informe vitalidad, de sus despojos sentimentales, lo definitivo para los dos se muestra con una crueldad necesaria. Las últimas escenas impregnan de un inquietante vacío las imágenes. No hay alternativas. Si poseen un grado de humanidad que podría acercarlos, éste es precisamente el de la ineludible separación, porque, ante todo, Claudia es un enigma, que tras todas sus apariencias sensibles sólo tiene un bello cuerpo, vacío de toda significación. Por lo que se refiere a Alberto, reencuentra su pureza y se abandona a ella, lo que equivale a decir que encuentra en sí un rabioso nihilismo, el cual le lleva a decidir inmerso en un vértigo existencial, sobre la vida de otro ser humano al que arrolla con su auto. En esta forma su pureza se resuelve en la nada dentro de una absoluta amoralidad que, como decíamos, nos sacude, nos absorbe y nos convierte en maléficos cómplices de esas secuencias culminantes.

En *Una señorita demasiado complicada* es posible detectar una revaloración del "eterno femenino" y una válida inmersión en los palpitantes resabios del existencialismo europeo. La mujer ya no es un ser meramente veleidoso: nos permite descubrir tras todos sus juegos un vacío que sustenta irreconocible la mascarada. El hombre acepta la responsabilidad de la vida y la muerte y su propia existencia se concentra entonces en el nihilismo.

* *Una señorita demasiado complicada*: película italiana basada en la novela de Alberto Moravia "La marcia indietro". Dirigida por Damiano Damiani, producida por producciones Filmena. Interpretes: Catherine Spaak, Jean Sorel, Florinda Bolkan, Luigi Proietti, Gabriela Grimaldi, María Cuadra (1968).

